GILLETTE & L'ORÉAL,

WOMEN USA

VOL. V

North Carolina • North Dakota • Ohio • Oklahoma
Oregon • Pennsylvania • Rhode Island • South Carolina



FERDINANDO FREGA

GILLETTE & L'ORÉAL, WOMEN USA — VOL. V

North Carolina, North Dakota, Ohio, Oklahoma, Oregon, Pennsylvania, Rhode Island, South Carolina. El quinto tramo de la travesía americana, de costa a costa y de vuelta.

Capítulo Cero — apertura común

Este capítulo de apertura es común a los seis volúmenes de Women of the United States. Se reproduce aquí íntegro, y plegado, para que la serie pueda leerse en secuencia sin repeticiones.

CAPÍTULO CERO

Aquí el mundo no es un territorio: es un límite. El Polo Norte no acoge, no perdona, no deja margen al error. El blanco reina como una entidad absoluta, silenciosa y sin memoria. La temperatura no es un dato meteorológico: es un depredador. La noche dura meses, aplasta los pensamientos, deforma los contornos de las personas, se traga su voluntad.

Las comunidades son pocas, pequeñas y cerradas. Inuit, yupik, pueblos árticos viven donde nadie elegiría quedarse. Aquí cada individuo es esencial para la supervivencia del grupo. Si no eres útil, te conviertes en una carga. Y quien se convierte en una carga desaparece en el silencio, en la nieve, en la lógica de un entorno que no hace concesiones.

Las bases científicas añaden otro tipo de frío: el de las jerarquías. Aquí una mujer es una presencia rara, una anomalía que debe adaptarse o sucumbir.

En este lugar el concepto de «desaparición» no existe. Solo existe el blanco que lo borra todo.

Mujeres inuit y yupik

La niña ártica no es mimada: es preparada. Aprende pronto a resistir el frío, la oscuridad y el hambre. Debe volverse útil para el clan, porque aquí la identidad no es personal. Es funcional. La mujer carga con el peso de la familia y de la comunidad: comida, fuego, hijos, pieles, cuidados. Nadie habla de derechos. Nadie habla de fragilidad. La depresión existe, pero no tiene nombre. La violencia existe, pero no tiene testigos.

La mujer de las bases científicas

Instruida, competente, acostumbrada a la disciplina. Llega como investigadora, técnica, médica. Descubre enseguida que el Polo Norte no reconoce títulos. Aquí solo cuenta la dureza mental. Las jerarquías masculinas la dominan, y cualquier señal de debilidad se interpreta como debilidad. Es un entorno donde la fuerza no basta: hace falta un autocontrol extremo.

La mujer occidental «de fuera»

Criada en libertad, llega convencida de que puede conquistar el frío. Pero el lugar la quiebra: soledad, espacios minúsculos, silencios interminables. Las bases no son comunidades, son mecanismos. Y una mujer, dentro de un mecanismo diseñado por hombres, tiene que luchar para no desaparecer.

El viaje al confín del mundo

Mi vecino, Antonio, al que todos llamaban Nino, llevaba años hablando del Cabo Norte, del sol de medianoche, de los meses sin oscuridad. Era un sueño que guardaba en el bolsillo, como algo imposible. Una mañana de mayo toqué su timbre y le dije solo esto: «Haz la maleta. Vuelvo dentro de una hora. Regresamos en 30 días». Me miró sorprendido, feliz. Su mujer, preocupada, preguntó cuáles eran nuestros planes. «Perseguir un sueño», respondí.

Subimos al coche. Nuestras mujeres nos miraban como si estuviéramos locos. Pero aquel viaje era real. Nino ya estaba lleno de preguntas. «¿Adónde vamos? ¿Cuánto dinero tengo que llevar?». «Tranquilo», le dije. «Llegamos en 54 horas. Solo 5.000 km. Vamos en el Range Rover nuevo. Disfruta del viaje».

Cada 300 km tenía que parar: él, doce años mayor que yo, tenía su propio ritmo. Yo tenía agua y líquidos; él, café y necesidades físicas. Y cuanto más avanzábamos, más me hablaba de su vida. Cosas que nunca habría sabido si no hubiera sido por aquella carretera interminable.

Dos hombres solos en un coche hablando siempre de mujeres. Él solo había conocido a su mujer. Yo me reía. Lo tranquilicé: «Nosotros somos igual».

Me preguntó cómo conseguía no perder la cabeza conduciendo 60 horas. Le hablé de Rusia, cuando a los 22 años conduje 51 horas para encontrarme con una mujer a la que nunca había visto. «Las distancias no son límites», le dije, «son excusas. Yo nunca he tenido ninguna».

La llegada al blanco

Entramos en Noruega. Un albergue en la carretera. Allí dejaríamos el coche y seguiríamos en trineo.

La guía iba cubierta, impenetrable. Cuando se quitó las gafas, descubrí que era una mujer. Una noruega, silenciosa, directa, glacial. Nino en el centro del trineo, ella delante, yo con mis 190 cm detrás, cerrando la fila.

Todavía era de día. Mi reloj marcaba la hora, pero no me decía si era de noche o de mañana. Era el sol de medianoche. Habíamos llegado al Cabo Norte.

Nino lloró. Me abrazó. Le dije, riendo: «Cuidado… la gente va a pensar que somos gais». Nos reímos, pero estábamos en el confín del mundo.

Luego llegó la helada: –52 °C.

La entrada en el verdadero Ártico

Nos llevaron a un contenedor metálico para cambiarnos. Trajes acolchados pesadísimos, cerrados con cremalleras complicadas.

Pagué a la guía. A Nino lo dejaron en un iglú con unos hombres; a mí, en otro con una familia: un anciano, de entre 70 y 80 años, y tres mujeres de entre 30 y 50.

Era un mundo cerrado. Simple. Brutal.

El hombre se mantenía aparte. Las mujeres llevaban el ritmo. Y el baño era un montículo a cinco metros del iglú: la caca se congelaba antes de tocar el suelo. Mi primera meada se convirtió en una estrella ártica amarilla. Era el Norte que me saludaba.

La mujer de mediana edad, Magi, hablaba un poco de inglés. Lo demás eran gestos, ojos, manos. El idioma del frío.

Cuando no sabía bien cómo usar el traje, ella, sin pensarlo, me tocó la entrepierna para enseñarme una cremallera escondida. No había malicia, ni vergüenza: solo función. Supervivencia.

Los tres días en el iglú

Trajeron comida. Pescado ahumado, pescado crudo, hígado de bacalao, vientre de ballena. Y bolas de tiburón. No había elección. No había alternativa. Era lo que da la naturaleza.

Luego bebí: un líquido rojo. Pensé que era vino. Era sangre de ballena filtrada, hervida y endulzada. La bebí. Me dio una fuerza que nunca había sentido. Una energía primitiva. Pensé que era cocaína. No. Era el Norte entrando en el cuerpo.

Las mujeres me observaban. El anciano salía a cazar. Yo descansaba y bebía sangre. Tres días sin teléfono, sin internet, sin ordenador, sin Nino. Solo yo y ellas.

No había noche. Solo luz, fuego, hielo y aliento.

Las tres mujeres se tumbaron a dormir. Yo buscaba un sitio. La más joven levantó el brazo y me hizo señas para que me acercara. Estallaron en carcajadas. Yo no entendía. Dijeron que yo era su «Navidad».

Una manera de decir que me habían aceptado.

Intenté darles algo de dinero para darles las gracias. Lo rechazaron. Solo querían un abrazo. Y unas palabras en calabrés para sentirse más cerca.

Allí entendí el valor de los regalos verdaderos: los que no se pueden comprar ni vender.

La despedida de la guía

Al cabo de tres días llegó la guía. Habló con las tres mujeres durante una hora. Yo estaba fuera. No entendía lo que decían. No era asunto mío. Era su lengua, su mundo, su ley.

En el contenedor, mientras me desvestía, entró la guía. Curiosa. Directa. Nórdica. Me abrazó con fuerza. Me besó. Su piel era blanca como la leche. Sus ojos, azules como el cielo de agosto.

Me pidió que me la llevara. Habría hecho cualquier cosa por salir de aquel mundo.

Sonreí con respeto. No podía. No debía.

Solo le dejé una promesa: «Si necesitas algo, escríbeme una carta. Te ayudaré». Rechazó incluso el dinero. Era una mujer hermosa, pero sola. Una soledad que no se ve de lejos. Una soledad que el frío no perdona.

El regreso a casa

Fuimos a recoger a Nino. Estaba entusiasmado. No quería volver. Pero yo tenía una cita con su mujer.

Les contó a todos sus tres días. Yo me callé. Nunca compartí nada con aquel hombre. Solo con el papel.

Y así, mientras Nino volvía a su mundo, yo ya iba camino de otro. Otro destino. Otro encuentro.

Bienvenido.

Epílogo

El Norte no te lleva: te cambia. Y nunca

te devuelve entero. Los hombres van al Polo Norte buscando luz, silencio, fotografías, sueños. Las mujeres se quedan para sobrevivir.

Los hombres cuentan lo que han visto. Las mujeres callan lo que han vivido.

Los hombres vuelven. Las mujeres se quedan. Se quedan en el frío, en casas de nieve, en silencios que nadie oye. Se quedan para sostener comunidades que no las celebran. Se quedan para proteger a niños, ancianos, extraños. Se quedan invisibles.

De allí solo me llevé un recuerdo: una mujer hermosa, increíblemente hermosa, pero sola. No en un sentido romántico. En un sentido humano. En un sentido trágico.

Reflexión

El Norte no mata el cuerpo. Mata la presencia. Y lo que queda es el blanco: un lugar donde las mujeres viven y desaparecen al mismo tiempo.

Por eso escribo. Porque los lugares extremos no cuentan su propia historia. Y quien los atraviesa no puede permitirse el lujo de quedarse callado.

Yo no. Yo no. Mi tierra me dio a luz, y el resto del mundo me acoge no como a un huésped, sino como a uno de la familia.

De la blancura absoluta del Norte descendí a la confusión absoluta de los Estados Unidos.

ESTADOS UNIDOS DE AMÉRICA

El encargo imposible

Trabajar dieciocho años para una empresa americana te da algo que ninguna otra empresa del mundo puede darte: una cultura del trabajo, procedimientos, una misión clara y un sistema de valores que no son teoría: son práctica diaria. No te los explican; te los construyen. Y lo hacen sin pedirte permiso.

Estaba en la oficina de Nueva York cuando me ofrecieron un trabajo que nunca había imaginado. No un ascenso. No un traslado. Un experimento.

Un programa confidencial, creado para validar un modelo de relaciones humanas dentro de los Estados Unidos. No habían elegido a directivos, psicólogos ni formadores. Habían elegido a personas con cierto tipo de experiencia en el mundo real. Y salió mi nombre, aunque llevaba dieciocho años en ventas. No miraban el cargo: miraban la mente.

La prueba era sencilla de explicar y dificilísima de cumplir:

visitar los 50 estados americanos en un año, eligiendo yo mismo las ciudades y quedándome al menos una semana en cada una.

Las dos últimas semanas serían vacaciones obligatorias. Ellos cubrirían todos los gastos. Yo solo tenía que vivir, observar, entender y entregar un informe cada lunes. Un relato humano, seco, preciso.

Firmé el contrato. Avisé en casa. No preguntaron nada. Solo querían saber si había llegado la provisión del mes. Yo estaba a punto de enfrentarme a un año en América. Ellos, como siempre, se enfrentaban al mes siguiente.

Por si acaso, mi sueldo se ingresaba directamente en mi cuenta bancaria en Italia. Era una manera educada de decirme: «No hagas tonterías. Vive con lo que tienes. Veamos quién eres de verdad».

Solo quince años después tuve acceso a mis informes originales, a los análisis y al material que habían reunido sobre mí. De ahí nació este libro. Obtuve la autorización para publicarlo con una condición: no nombrar nunca a la empresa que lo encargó.

No importa. Esta historia no va de logotipos. Va de un hombre en un país imposible de entender si no lo vives en primera persona.

¿Empiezo por el punto más lejano?

La elección lógica era empezar por los márgenes, no por el centro. Por dos razones sencillas:

1. Venía fresco del experimento: lucidez alta, atención máxima.

2. Empezando por el extremo podía corregir el rumbo y terminar el viaje limpiamente.

No necesitaba empezar en Boston o en Chicago. Tenía que empezar en una frontera. En un lugar que fuera América solo sobre el papel.

Elegí Juneau, la capital de Alaska. Aislada. Solo se llega en barco o en avión. Una ciudad que no pertenece a nadie. El lugar perfecto para empezar.

Optimizar los recursos

Antes de partir hice lo que un americano respeta por encima de todo: me organicé como un profesional, no como un turista.

Llamé a tres de las aerolíneas más populares, las que tienen las mayores redes nacionales. En menos de una hora compré un talonario de cincuenta vuelos nacionales con un 60 % de descuento.

Sin límites de tiempo. Sin límites de días. Sin restricciones. Una sola condición: usarlos en un año.

Hice lo mismo con las cadenas hoteleras, Uber Taxis y las empresas de alquiler de coches, y luego preparé un calendario como es debido de las etapas, de los medios, pero no de los tiempos.

Estaba listo.

Fue mi primer éxito real. La primera señal de que sabía moverme. América premia a quien actúa, no a quien espera.

Cuando la empresa vio la operación, hizo lo que una cultura americana hace siempre: comprobó la fiabilidad.

¿Era capaz de gestionar un año de movimiento constante? ¿Era capaz de afrontar imprevistos, distancias y emergencias? ¿Era autónomo?

Por eso, antes de partir, resolví otro detalle crucial:

me aseguré de tener en la tarjeta de crédito un límite mensual de al menos 100.000 dólares.

No era para gastarlo. Era para demostrar que podíamos gestionarlo. Los americanos piensan así: si no tienes autonomía, no tienes libertad. Y si no tienes libertad, no se te puede evaluar.

A partir de ese momento el programa ya no fue un encargo. Fue una misión.

Y AHORA SÍ QUE VIAJAMOS

Alaska forma parte de los Estados Unidos solo por geografía. Es otro mundo.

Es el lugar donde las mujeres desaparecen sin dejar rastro. Donde una denuncia nunca llega a destino. Donde las ciudades no son más que islas civilizadas en medio de un continente salvaje.

Juneau fue mi primera prueba: una capital sin carreteras que la unan al resto del país. Un pedazo de América que no parece América.

Aquí empecé a entender algo: el viaje no sería geográfico. Sería humano.

BLOQUE 1 (Volumen I)

Alabama – Alaska – Arizona – Arkansas – California – Colorado – Connecticut – Delaware – Florida – Georgia

BLOQUE 2 (Volumen II)

Hawaii – Idaho – Illinois – Indiana – Iowa – Kansas – Kentucky – Louisiana – Maine – Maryland

BLOQUE 3 (Volumen III)

Massachusetts – Michigan – Minnesota – Mississippi – Missouri – Montana – Nebraska – Nevada – New Hampshire – New Jersey – New Mexico

BLOQUE 4 (Volumen IV)

New York – Washington

BLOQUE 5 (Volumen V)

North Carolina – North Dakota – Ohio – Oklahoma – Oregon – Pennsylvania – Rhode Island – South Carolina

BLOQUE 6 (Volumen VI)

South Dakota – Tennessee – Texas – Utah – Vermont – Virginia – West Virginia – Wisconsin – Wyoming

NORTH CAROLINA

North Carolina es un estado que vive sobre dos vías. De un lado está la «nueva América»: investigación universitaria, tecnología, startups, médicos, ingenieros, investigadores y ciudades modernas en crecimiento. Del otro está la «vieja América»: – campos pobres – comunidades aisladas – tradiciones pesadas – trabajo físico – sanidad lejana – roles todavía rígidos. No conviven. Se ignoran. Aquí las mujeres desaparecen según dónde nacen: – en la modernidad, por la presión y la competitividad– en el mundo rural, por el aislamiento y la tradición– en las ciudades medianas, por el trabajo mal pagado y la falta de servicios– en las comunidades negras históricas, por una doble lucha: racial y de género.

North Carolina es educada en la superficie y feroz en los detalles.

La mujer del Triángulo de la Investigación – 33 años

Sara es analista de datos en una startup. Estudiosa, brillante y bien preparada, trabaja en un entorno que se vende como progresista, «europeo» y moderno.

La verdad: – jornadas largas – expectativas sin fin – objetivos que cambian cada semana – jefes jóvenes que queman a la gente sin

darse cuenta – mujeres que tienen que esforzarse el doble para obtener la mitad del reconocimiento.

Sara estudió, invirtió años, sacrificó su vida y su tiempo. Y ahora está en un sistema que la aplaude y la consume el mismo día.

Su ausencia es profesional: es esencial para construir el futuro, pero no tiene ninguna red que la proteja.

La mujer rural – 49 años

A cien kilómetros de la modernidad hay otra North Carolina. Casas lejanas, campos de tabaco y de soja, inviernos largos, veranos duros. Calles sin aceras, sin tiendas, sin nada.

Linda vive en una de estas zonas. Trabaja a media jornada en una tienda del lugar. Recorre kilómetros para todo: médico, farmacia, escuela, banco. Su día entero descansa sobre sus hombros: – hijos – casa – ancianos – trabajo – recados – emergencias que resuelve sola.

No puede elegir. No puede cambiar. No puede romper la rutina que le imponen los kilómetros.

Su ausencia es geográfica: vive demasiado lejos para que la vean.

La mujer afroamericana de la ciudad media –

38 años. Kim trabaja en un call center de Charlotte. Trabaja con guiones, cronómetros, métricas y supervisores que vigilan cada pausa.

Tiene dos hijos y una madre que cuidar. La ciudad crece, llegan empresas, se levantan rascacielos. Pero las oportunidades reales no llegan hasta ella.

North Carolina habla de desarrollo, pero ese desarrollo pasa por encima de las comunidades negras sin detenerse.

Kim sostiene: – un trabajo que la agota emocionalmente – la escuela de sus hijos – el cansancio diario – los costes que suben – una movilidad social que en realidad no existe.

Su ausencia es racial y económica: es el pilar de la ciudad, pero nunca sube a lo más alto.

La mujer de las costas – 41 años

Tanya vive en la costa. El mar es precioso, las casas están cuidadas y el turismo es fuerte. Pero la vida real es otra cosa.

Trabaja en un resort: – habitaciones – lavandería – limpieza – recepción de turistas – turnos largos – sueldos bajos

El verano es una sobrecarga. El invierno es silencio y cuentas que no cuadran.

La North Carolina costera es fotogénica, pero se apoya en el esfuerzo de mujeres que nunca verán esa riqueza.

Su ausencia es económica: todo gira en torno al turismo, pero quien lo sostiene no recibe lo que le corresponde.

Epílogo – North Carolina

North Carolina es un estado dividido por dinámicas demasiado alejadas entre sí. Las mujeres pagan el precio en todas partes: en la tecnología que promete oportunidades pero ningún apoyo, en el campo que aísla, en las ciudades que crecen sin inclusión y en las costas que viven de temporadas cortas y duras.

Es un borrado a la vez moderno y antiguo. Las mujeres son motores en cada rincón del estado, pero el estado las considera

una presencia necesaria.

Reflexión – North Carolina

Cada estado del volumen retrata una forma distinta de ausencia. North Carolina muestra la que nace de la distancia interna: la brecha entre ricos y pobres, entre ciudad y campo, entre lo nuevo y lo viejo, entre lo que el estado promete y lo que ofrece.

La mujer vive siempre en el medio. Es la línea que une mundos que no se hablan. Y precisamente porque lo mantiene todo unido, nadie la pone en el centro.

Este capítulo sirve para decirlo sin filtros: la modernidad, por sí sola, no libera a nadie. Hay que reconocer a quienes de verdad la sostienen.

NORTH DAKOTA

North Dakota es una tierra que no perdona. Inviernos extremos, vientos que cortan la piel, carreteras largas y vacías, pueblos pequeños y remotos, comunidades nativas invisibles y campos petroleros que dominan el paisaje.

Es un estado donde las mujeres viven entre dos fuerzas opuestas: una naturaleza que manda y una sociedad que no cambia.

Es un lugar que premia la resistencia más que la felicidad. Y dentro de esta lógica, las mujeres desaparecen en los detalles de cada día: – en trabajos mal pagados – en la soledad geográfica – en la falta de servicios – en roles familiares duros – en comunidades aisladas – en los ritmos que impone una economía dominada por los hombres.

North Dakota no es mala. Es áspera. Y en su aspereza muchas mujeres son tragadas sin ruido.

La mujer de la plataforma petrolera – 35 años

Jessica vive en Williston, la ciudad del petróleo. Trabaja como coordinadora en una planta. Es una de las pocas mujeres en una instalación dominada por hombres, con turnos pesados, camiones enormes, talleres y ruido constante.

Cada día es una prueba: – chistes fuera de lugar – comentarios inútiles – un respeto que tienes que ganarte diez veces – riesgo en el trabajo – cero intimidad.

La paga es buena, pero el coste humano es enorme. No tiene amigos de verdad. No tiene relaciones estables. No tiene una red de apoyo.

Su ausencia es social: rodeada de hombres, y sin embargo sola.

La mujer nativa – 40 años

Muchas comunidades nativas de North Dakota viven olvidadas. Las viviendas escasean, faltan oportunidades, las escuelas son débiles y los hospitales están lejos. Las mujeres nativas cargan con una herencia de heridas que el estado nunca ha curado.

Alana tiene cuatro hijos. Trabaja a media jornada en un centro comunitario. La historia de su pueblo está escrita en todas partes: en los rostros, en los silencios, en las ausencias.

Los problemas son constantes: – desempleo – adicciones extendidas – un apoyo del estado casi inexistente – infraestructuras frágiles – depresión social.

Su ausencia es histórica y estructural: la cultura es fuerte, pero el presente la ignora.

La mujer de los pueblos diminutos – 50 años

North Dakota está hecha de pueblos que no aparecen en los mapas. Cinco calles, una escuela, una iglesia y una gasolinera.

Karen vive en uno de ellos. Trabaja en una pequeña tienda de comestibles. Cada día ve a las mismas personas, los mismos gestos, las mismas conversaciones.

Para encontrar un hospital hay que conducir una hora. Para encontrar otro trabajo, todavía más. Para encontrar algo mínimamente nuevo, hacen falta dos horas.

Su ausencia es geográfica: no tiene alternativas. Su vida está definida por el lugar donde vive.

La mujer de la frontera agrícola – 47

años

Megan vive en la región más agrícola del estado. Campos sin fin, tractores, cosechas, nieve que cae demasiado pronto.

Trabaja en la granja: – animales – herramientas – establos – mantenimiento – cuentas – cocina – familia – emergencias que siempre hay que gestionar.

Aquí la mujer de la granja carga con más del doble del peso que aparenta. Es brazos, mente, gestión, columna vertebral. Pero todo eso se describe como «ayuda en la granja».

Su ausencia es cultural: lo hace todo, pero nunca se la reconoce como parte central de la economía.

Epílogo – North Dakota

North Dakota es un estado que no protege. Exige fuerza, exige resistencia, exige paciencia. La mujer responde con una entrega total, pero el estado no le responde a ella.

De la plataforma petrolera a la reserva nativa, de los pueblos diminutos a las granjas aisladas, las mujeres no desaparecen: el territorio las absorbe, como si su presencia se diera por descontada.

Reflexión – North Dakota

Toda ausencia tiene una causa. En North Dakota la causa es la propia tierra: grande, dura, remota, ineficiente, masculina en su economía, lenta en su cambio.

La mujer vive en un paisaje que no tiene sitio para la fragilidad, en una sociedad que considera su esfuerzo una parte inevitable del decorado.

No es invisible porque no valga: es invisible porque aquí la tierra es más grande que las personas.

Y este capítulo sirve para recordarnos que la fuerza no es una elección. En algunos lugares es la única opción.

OHIO

Ohio es un espejo de la América silenciosa. Es un estado de ciudades industriales hundidas, suburbios sin rumbo, familias vacías, jóvenes que huyen y trabajos que ya no garantizan nada. Es una tierra que antes lo producía todo y ahora produce esperas: la espera de un futuro mejor, la espera de una oportunidad que nunca llega, la espera de un cambio que avanza despacio, parado.

Aquí la mujer mantiene unidas piezas que debería sostener el estado: – familias rotas – ingresos inestables – comunidades heridas por la droga – casas que se caen a pedazos – escuelas en apuros – servicios sociales saturados.

Ohio no mata a la mujer. Le quita el aliento. Despacio, en silencio, un poco cada día.

La mujer de la ciudad industrial hundida – 46

años

Michelle vive en Cleveland, en un barrio que en otro tiempo hervía de trabajo. Su padre trabajaba en una fábrica. Su abuelo también. Luego todo cambió: deslocalizaciones, cierres, quiebras.

Ahora trabaja en un supermercado: turnos variables, paga baja, ninguna seguridad. Cada mes tiene que hacer cálculos quirúrgicos para no quebrar.

La casa es vieja, el barrio es frágil, las oportunidades son pocas.

Su ausencia es económica y generacional: vive en el punto exacto donde se hundió toda una identidad industrial, arrastrando consigo a las mujeres que no pudieron elegir un futuro distinto.

La mujer que saca adelante una familia durante la crisis

de los opioides – 38 años. Ohio es una de las capitales de América de la epidemia de opioides. Empresas farmacéuticas, médicos complacientes, comunidades frágiles: una explosión lenta que ha devastado familias enteras.

Emily vive en Dayton. Su marido murió de una sobredosis hace tres años. Tiene dos hijos y trabaja como recepcionista en una

clínica. Cada día ve caras conocidas: madres desesperadas, jóvenes rotos, padres que no lo lograron.

Ohio habla de la «crisis de los opioides». Ella habla de ausencia: un hombre perdido, una familia rota, una carga que cae entera sobre sus hombros.

Su ausencia es emocional y social: mantiene a los hijos en casa y el trabajo a flote, mientras el sistema que creó el problema no hace nada para arreglarlo.

La mujer blanca pobre del suburbio – 28 años

Samantha vive en un suburbio que parece salido de una película gris: Walmart, gasolineras, casas prefabricadas, restaurantes de comida rápida, aparcamientos interminables.

Trabaja en un McDonald's. Turnos repetidos, movimientos automáticos, clientes nerviosos y cambios de gerencia cada mes. Gana lo suficiente para sobrevivir, pero nunca lo suficiente para crecer.

Su madre ya no trabaja. Su pareja va y viene. Tiene sueños que no sabe dónde poner. Su ausencia es colectiva: está rodeada de personas en la misma situación, y eso vuelve el esfuerzo todavía más invisible.

Nadie ve lo que es normal para demasiadas.

La mujer de la zona agrícola – 54 años

Fuera de las ciudades hay un Ohio que vive de la agricultura, del ganado menor y del trabajo físico. Aquí las mujeres se ocupan de todo: la contabilidad, los animales, los cultivos, los hijos, los ancianos y la casa.

Linda vive en una granja cerca de Lancaster. Sus hijos ya son mayores, su marido trabaja fuera y ella se queda a cargo de todo lo que exige la tierra.

Trabaja siete días a la semana, con calor, con frío, con lluvia y con nieve. No hay día libre. No hay respiro mental. No hay reconocimiento.

Su ausencia es cultural: se da por hecho que la mujer del campo «puede con todo». Sí, pudo. Pero el precio siempre lo paga ella.

Epílogo – Ohio

Ohio es un estado al que le han quitado mucho, y que ha aprendido a quitarles a quienes menos voz tienen.

Las mujeres de aquí no piden milagros. Piden estabilidad, protección, oportunidades reales. Reciben fragmentos de ellas.

De las ciudades industriales caídas a los barrios devorados por los opioides, de los suburbios blancos sin futuro a las tierras de cultivo que nunca descansan, las mujeres sostienen lo que el estado ya no sostiene.

Reflexión – Ohio

La ausencia de las mujeres en Ohio no es el resultado de una sola causa. Es el resultado de la suma de todas las rupturas: económica, social, sanitaria, familiar y comunitaria.

Aquí la mujer vive en la fractura entre lo que Ohio fue y lo que ya no puede llegar a ser.

Es una ausencia que no hace ruido, porque se ha vuelto normal.

Y la tarea de estas páginas es precisamente esta: hacer visible lo invisible, dar un rostro a quienes lo sostienen todo sin ser

nombradas jamás.

OKLAHOMA

Oklahoma vive en una tensión constante entre pasado y presente. Es un estado lleno de tierra, viento, iglesias, comunidades rurales, ciudades medianas en plena transformación y una herencia indígena que el estado solo ha reconocido a medias. Es una tierra golpeada por toda clase de tormentas: económicas, climáticas, sociales y culturales.

Y cada tormenta cae siempre sobre los mismos hombros: los de las mujeres.

En Oklahoma las mujeres están emparedadas en roles rígidos, aplastadas por una pobreza extendida, vueltas invisibles por una religión que habla mucho de familia pero poco de protección real. Es un estado que vive de la resistencia, y las mujeres son sus pilares más desgastados.

La mujer del Bible Belt – 32 años

Hannah nació en un mundo donde todo estaba ya decidido: cómo vestirse, cómo hablar, cómo comportarse, qué creer, qué evitar.

Familia, comunidad, iglesia: tres círculos concéntricos que definen su vida.

Tiene un marido, dos hijos y una casa modesta. Su día está marcado por: – la escuela de los hijos – la compra – la iglesia – el voluntariado obligatorio – los deberes familiares – cero espacio mental.

No puede expresar dudas. No puede elegir de verdad. No puede salir de la jaula sin que la juzguen como traidora a la comunidad.

Su ausencia es cultural y espiritual: vive en presencia constante, pero como una figura funcional, no como una persona plena.

La mujer nativa – 45 años

Oklahoma tiene una de las mayores poblaciones de nativos americanos del país. Pero la brecha entre cultura y prosperidad es enorme.

Kayla es miembro de la Cherokee Nation. Trabaja en un centro cultural. Mantiene vivos la lengua, las tradiciones, los rituales y las historias.

Fuera de ese mundo, sin embargo, la realidad es dura: – escuelas sin fondos – una sanidad frágil – adicciones extendidas – trabajos mal pagados – una discriminación sutil y constante. Ella sostiene la comunidad, la familia y la identidad. Y nadie la protege como merece.

Su ausencia es histórica: el Estado construyó su identidad sobre los pueblos nativos y después los dejó solos.

La mujer de las zonas castigadas por los tornados – 39 años

Oklahoma es uno de los estados más afectados por los tornados. Puede pasar cada año, en cada estación. Y cuando pasa, lo arrasa todo.

Rachel vive en una zona golpeada una y otra vez. Ha perdido dos casas en su vida: una de niña, una de adulta.

Trabaja como maestra. Y cada año tiene que preparar a sus alumnos para los simulacros: esconderse, protegerse, ignorar el sonido del miedo.

Su vida está hecha de reconstrucciones: de casas, de rutina, de estabilidad.

Su ausencia es climática: aquí manda la naturaleza, y quienes pagan las consecuencias son siempre las familias, es decir, las mujeres.

La mujer de bajos ingresos – 29 años

Brooklyn —un nombre común en la zona, no una ciudad— vive en un suburbio de Tulsa. Casas viejas, calles rotas, autobuses que pasan cuando quieren.

Trabaja en un restaurante de comida rápida. Turnos partidos, cambios de horario de última hora, sueldo mínimo. Tiene una hija de tres años. La guardería cuesta más que su salario. Tiene dos opciones: dejar a la niña con alguien de quien no se fía o perder el trabajo. Su mundo está hecho de: – facturas vencidas – cupones de comida – correr – ansiedad constante – sueños pequeños pero nunca realizables.

Su ausencia es económica y sistémica: Oklahoma empuja a quienes ya lo han logrado y deja atrás a quienes nacen en estos suburbios.

Epílogo – Oklahoma

Oklahoma es un estado que parece sencillo, pero es uno de los más duros para vivir.

Las mujeres son prisioneras de tres fuerzas inmensas: – la religión que las atrapa – la pobreza que las agota – el clima que las destruye.

Cada reconstrucción, cada rescate, cada equilibrio frágil pasa por ella. Pero el Estado rara vez le devuelve algo.

Reflexión – Oklahoma

La ausencia femenina de Oklahoma nace de una mezcla peligrosa: una tradición fuerte, una pobreza persistente, identidades nativas invisibles y una naturaleza que no perdona.

Aquí la mujer vive en una contradicción constante: ser indispensable y ser ignorada.

Este capítulo demuestra una cosa con claridad: la dureza no es justicia. Resistir no es libertad. Sobrevivir no es progresar.

Y en Oklahoma, demasiado a menudo, las mujeres no viven: resisten.

OREGON

Oregon vive de la contradicción más sutil de Estados Unidos: una imagen limpia, verde, liberal, perfecta para los turistas y las campañas políticas, y una realidad social llena de grietas profundas.

Portland, celebrada como ciudad progresista, es también un enorme foco de personas sin hogar, adicciones, crisis de salud mental y desigualdad creciente. Fuera de Portland, Oregon es un campo aislado en transformación, comunidades blancas extremadamente pobres, trabajos inestables, recursos mínimos y tensiones latentes.

Aquí la mujer no desaparece por falta de un rol, sino por sobrecarga:

– familias con un solo ingreso – dependencia de la pareja – falta de servicios – aislamiento geográfico – trabajo precario – costes excesivos – falta de protección real

Oregon es bonito de ver, pero duro de vivir.

La mujer de Portland – 29 años

Julia vive en el East Side de Portland. Trabaja en una tienda de alimentación natural, apenas llega a pagar el alquiler y comparte casa con otras dos personas.

Portland se presenta como una ciudad «abierta, sensible, social», pero la verdad está hecha de: – calles llenas de personas sin hogar – crisis de salud mental por todas partes – servicios colapsados – trabajos de sueldo bajo – alquileres que no paran de subir. Julia es una de esas personas que la ciudad usa como símbolo de su «espíritu joven», pero a la que trata como un número anónimo.

Su ausencia es social: está en todas las discusiones, pero en ninguna de las soluciones.

La mujer inmigrante en la hostelería –

34 años Rosa llegó de Guatemala. Trabaja en la cocina de un restaurante siempre lleno, siempre ruidoso, siempre tenso.

Diez horas al día, seis días a la semana. Sueldo bajo, sin seguro, sudor constante, calor y ruido.

Muchos compañeros creen que pueden bromear como les dé la gana. No lo hacen por maldad; lo hacen por ignorancia y por costumbre. Pero a ella le pesa. La consumen los comentarios, las miradas y las bromas pesadas.

Fuera del trabajo, envía dinero a sus familiares. Dentro, lo mantiene todo a flote.

Su ausencia es económica y cultural: hace girar todo un sector, pero sigue siendo invisible para todos.

La mujer rural – 52 años

En el este de Oregon hay pueblos que parecen detenidos en 1985. Pocas casas, carreteras largas, inviernos duros y una cobertura telefónica a ratos.

Karen vive en uno de ellos. Tiene una pequeña granja, unos cuantos animales y un trabajo extra en una tienda. Lo hace todo ella sola. Cuando necesitas un médico, tienes que conducir una hora. Cuando necesitas cualquier servicio, tienes que pedir cita con días de antelación. Cuando algo sale mal, no hay nadie.

Su ausencia es geográfica: vive lejos del mundo, y no por elección.

La mujer que sostiene una familia destruida por

la adicción – 43 años Oregon es uno de los estados con las tasas de adicción más altas. Opioides, metanfetaminas, alcohol. Una avalancha lenta que nunca se detiene.

Tessa tiene una pareja que ya está perdida. Dos hijos pequeños. Un trabajo de cajera en un supermercado. Cada día tiene que proteger a los niños, lidiar con un hombre que ya no reconoce, cuadrar las cuentas y luchar contra un sistema que no ofrece soluciones.

Su ausencia es institucional: la sociedad lleva años hablando de una «crisis», pero nada cambia para quienes la viven en casa.

Epílogo – Oregon

Oregon es un estado que se vende bien, pero que se protege mal.

Las mujeres viven entre dos extremos: – un progresismo estético – una realidad social agresiva.

Es ella quien resiste el impacto de la desigualdad, quien sostiene a las familias frágiles, quien trabaja en los sectores más explotados, quien sostiene a las comunidades olvidadas por la política.

La belleza de Oregon no basta para salvarlo.

Reflexión – Oregon

La ausencia de las mujeres en Oregon nace de una verdad descarnada: no basta con decir que eres moderno para serlo.

Aquí las mujeres pagan tres precios: – el coste de la vida – el trabajo precario – el aislamiento social y geográfico.

Es una ausencia que no nace de un conflicto directo, sino de un desinterés general.

Y este capítulo lo deja claro: detrás de los bosques, las montañas, los lagos perfectos, hay una América que no funciona. Y que pesa por entero sobre las mujeres.

PENNSYLVANIA

Pennsylvania es uno de los estados más divididos de América. Por un lado, las grandes ciudades —Philadelphia y Pittsburgh— cargadas de historia, desigualdad, renacimientos incompletos y comunidades que aún llevan cicatrices abiertas. Por otro, un interior rural y conservador, granjas, minas cerradas, pueblos estancados y mentalidades de otra época.

Aquí las mujeres desaparecen de cuatro maneras: – en los suburbios pobres – en las comunidades afroamericanas marcadas por la violencia – en el campo estancado – en las ciudades modernas que las consumen.

Pennsylvania es un estado que no perdona a quien nace con poco. Y las mujeres, como siempre, son las que pagan el precio más alto.

La mujer de los suburbios pobres de Philadelphia

– 34 años Shan vive en North Philadelphia. Es un barrio duro, con escuelas en apuros y calles donde se siente la tensión incluso a plena luz del día.

Trabaja en una tienda de descuento. Tiene una hija de seis años. Cada mañana la acompaña a la escuela con una mezcla de esperanza y miedo: esperanza de que tenga un futuro mejor, miedo de que el barrio se la trague.

Los sueldos son bajos, los costes son altos, los servicios son insuficientes. La ciudad celebra su «renacimiento», pero el renacimiento nunca llega a su casa.

Su ausencia es urbana: vive en el punto exacto donde la ciudad decide quién merece atención y quién no.

La mujer del Rust Belt de Pittsburgh – 48 años

Pittsburgh se ha vuelto «tecnológica», «universitaria» e «innovadora». Pero la ciudad obrera no ha desaparecido: solo se ha mudado a los suburbios, donde nadie mira.

Linda era soldadora. Cuando cerró la fábrica, solo encontró trabajos a tiempo parcial: supermercados, limpieza y servicios.

La transformación económica ha premiado a los jóvenes con estudios superiores. No a mujeres como ella.

Su ausencia es industrial: la ciudad nueva no le dio un lugar a quienes construyeron la vieja.

La mujer rural – 55 años

Fuera de las ciudades, Pennsylvania es otro país: colinas, granjas, pueblos diminutos, iglesias por todas partes, una mentalidad que no ha cambiado en generaciones.

Mary creció aquí. Tiene una casa, un terreno, un marido que trabaja de vez en cuando e hijos ya mayores.

Lo hace todo: – la casa – los animales – las facturas – la cocina – el cuidado de los ancianos – hacer de puente entre las familias.

La respetan, claro. Pero como función, no como individuo.

Su ausencia es cultural: cada rol ya está escrito.

La mujer inmigrante de Allentown – 37 años

Allentown está llena de inmigrantes latinos, africanos, árabes y asiáticos. La economía se apoya en ellos.

Rime trabaja en una fábrica, en el turno de mañana. Su marido trabaja en el turno de noche. Se ven solo unas pocas horas al día.

El sueldo nunca alcanza, el trabajo es físico, las cadenas de montaje son ruidosas e implacables.

Habla dos idiomas, cría a tres hijos y hace turnos dobles cuando hace falta. Su ausencia es económica y lingüística: es una presencia indispensable en la ciudad, pero no existe para quienes toman las decisiones.

Epílogo – Pennsylvania

Pennsylvania es un estado que vive en el medio: mitad moderno, mitad estancado, mitad rico, mitad pobre, mitad progresista, mitad anclado en el pasado.

Las mujeres viven en las grietas. Y sostienen todo lo que se desmorona: familias, escuelas, barrios, economías frágiles.

Pero el sistema la considera una extra, nunca una protagonista.

Reflexión – Pennsylvania La ausencia de las mujeres en Pennsylvania nace de una distancia interna: la distancia entre lo que el estado fue y lo que le gustaría ser.

Las grandes ciudades consumen, el campo se encoge, las economías intermedias se rinden.

La mujer acaba aplastada en el centro, donde nadie mira de verdad.

Este capítulo lo deja claro: el cansancio no es una emergencia de un día, es la norma diaria de miles de mujeres.

RHODE ISLAND

Rhode Island es una miniatura de todo lo que funciona y todo lo que se rompe en América: – ciudades costeras caras – suburbios pobres – una industria desaparecida – enormes comunidades migrantes – servicios limitados – contrastes sociales flagrantes.

Providence es su centro: cultural, académico y artístico. Pero junto a las universidades se encuentra una de las pobrezas urbanas más subestimadas del Este. Fuera de la ciudad, los pueblos pequeños sobreviven con trabajos mínimos, faenas de mar de temporada e industrias que no vuelven.

Aquí la mujer desaparece por compresión:

todo cuesta demasiado, todo está demasiado cerca, todo es demasiado pequeño para escapar.

La mujer latina de Providence – 30 años

Marisol vive en el South Side, uno de los barrios más pobres de la ciudad. Trabaja limpiando oficinas al amanecer y restaurantes por la noche. Dos trabajos, ninguna seguridad.

A Providence le gusta llamarse «ciudad creativa». Para ella, la creatividad significa simplemente llegar a fin de mes.

No tiene seguro. No tiene vacaciones. No tiene margen.

Su ausencia es económica y lingüística: trabaja tanto como tres personas, pero para el Estado es una estadística.

La mujer que estudia y trabaja – 22 años

La Brown University atrae a estudiantes de todo el mundo. Pero quienes vienen de familias modestas viven otro Rhode Island.

Rachel estudia sociología, trabaja en una biblioteca, trabaja de camarera los fines de semana y comparte un estudio con un alquiler desorbitado.

Es inteligente, capaz, decidida, pero está bajo una presión enorme: – los estudios – el trabajo – las deudas – un futuro incierto.

Su ausencia es académica: la universidad celebra la diversidad, pero no protege a quienes combinan estudio y supervivencia.

La mujer de temporada de la costa – 41 años

Newport es preciosa para quien la visita. Un desastre para quien vive allí todo el año.

Tanya trabaja en verano en un restaurante del puerto. En invierno busca cualquier trabajo disponible: tiendas, limpieza, pequeños contratos.

Turistas ricos, residentes pobres.

Su ausencia es estacional: es indispensable durante tres meses, invisible durante los otros nueve.

La mujer de pueblo pequeño – 54 años

Fuera de Providence hay un Rhode Island olvidado: viejas fábricas textiles, edificios rojos, calles gastadas. Linda trabaja en una lavandería industrial. Movimientos repetitivos, vapor caliente, turnos interminables.

Los sueldos son mínimos, el trabajo es duro, el futuro sigue igual.

Su ausencia es industrial: trabaja a la sombra de un pasado económico que nunca volverá.

Epílogo – Rhode Island

Rhode Island es pequeño, pero sus problemas son enormes: alquileres altos, sueldos bajos, oportunidades limitadas.

Las mujeres viven aplastadas por todo esto. Siempre en primera línea, nunca protegidas.

Reflexión – Rhode Island

La ausencia de las mujeres aquí nace de una paradoja: un estado diminuto, incapaz de proteger a nadie.

Es una ausencia hecha de microespacios y microoportunidades: demasiado pequeños para subir, demasiado estrechos para escapar.

Y en estos espacios asfixiados, las mujeres gobiernan todo un estado que las considera parte del paisaje.

SOUTH CAROLINA

South Carolina es un estado de contrastes marcados: playas perfectas y pobreza extrema, historia colonial y comunidades negras todavía pobres, ciudades que crecen y suburbios estancados, un turismo de postal y trabajos mal pagados. Es uno de los lugares donde las mujeres cargan con el mayor peso, entre tradición, religión, familia, costes prohibitivos y servicios deficientes. Y es también uno de los lugares donde la libertad de las mujeres todavía se debate, se limita y se controla.

South Carolina se viste bien cuando le conviene, pero su columna vertebral la sostienen mujeres a las que nadie ve.

La mujer afroamericana del Low Country – 36

años

Amina vive en Charleston, en una comunidad gullah geechee. Lleva consigo un legado cultural enorme: una historia de esclavitud, de resistencia y de identidad mantenida a pesar de todo.

Trabaja en un restaurante turístico del centro. Sirve platos inspirados en su cultura a personas que no saben nada de su historia.

Es madre, hija y trabajadora. Hace turnos largos, gana un sueldo alto para la ciudad pero bajo para vivir aquí, porque Charleston se ha vuelto demasiado cara para quienes nacieron allí.

Su ausencia es histórica y urbana: la historia de los negros aquí es la base de todo, pero queda fuera del relato oficial.

La mujer blanca del Sur conservador – 42

años

Megan vive en una zona rural entre Anderson y Greenwood. Su familia es conservadora, la iglesia es central y la comunidad es cerrada. Aquí las reglas no están escritas, pero son más estrictas que la ley. Su marido trabaja en la construcción; ella trabaja de cajera en unos grandes almacenes.

Cada elección se sopesa: cómo vestirse, qué decir, qué pensar. El divorcio se considera un escándalo. No tener hijos es un pecado. Pedir autonomía es «falta de fe».

Su ausencia es cultural: vive en un rol decidido por otros, y cambiarlo significa perderlo todo.

La mujer del turismo en Myrtle Beach – 29 años

Jamie trabaja en un hotel de la costa. Recepción en verano, limpieza en invierno, lo que haga falta.

Myrtle Beach parece un paraíso para quien la visita, pero es una jaula para quien trabaja allí: sueldos bajos, alquileres altos, temporalidad total, cero estabilidad.

Jamie vive en un apartamento pequeño y compartido. Trabaja seis días a la semana. Y cuando termina la temporada, tiene que esperar un invierno suave.

Su ausencia es económica: todo gira en torno a los turistas; nada gira en torno a los residentes.

La mujer sin seguro médico – 55 años

South Carolina es uno de los estados con menos acceso a la sanidad. Muchas mujeres que trabajan no tienen seguro. Muchas renuncian a cuidados esenciales. Linda trabaja limpiando en una

clínica. Ve la sanidad desde dentro todos los días, pero no puede permitírsela para sí misma.

Tiene un dolor crónico en las manos, pero no puede parar. Le da miedo una revisión médica porque sabe que no podrá pagar el tratamiento.

Su ausencia es sanitaria: trabaja alrededor del cuidado de los demás y no tiene derecho al suyo.

Epílogo – South Carolina

South Carolina es un estado que vive en una tensión constante entre modernidad y tradición, entre riqueza visible y pobreza oculta.

Las mujeres pagan todas las contradicciones: – una religión rígida – roles cerrados – un turismo que explota – un racismo arraigado – una sanidad inaccesible – sueldos demasiado bajos.

Es una columna de carga, pero la tratan como un pequeño adorno.

Reflexión – South Carolina

Aquí la ausencia de las mujeres nace del entrelazamiento perfecto de: una historia pesada, una religión dominante y una economía frágil.

Las mujeres viven atrapadas entre pasado y presente: el pasado las limita, el presente las consume y el futuro no está garantizado.

Y este capítulo sirve para exponer la verdad desnuda: South Carolina no es lenta porque quiera serlo. Es lenta porque no quiere cambiar. Y quienes pagan esta inacción son siempre las mujeres.

Ferdinando Frega